

ATA 617

M. - 7077

R - 3063

ATENEEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
AÑO XX.



LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA

EMILIO CASTELAR

DISCURSO

DE

FERMIN HERRAN



VITORIA

IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJOS DE ITURBE

1886

A D. Jose M^a de Lavata
que enaltece las gloriosas
tradicciones de su caballeria
e hidalgia familia
Jervini Plenan
J. d. L.

EMILIO CASTELAR

ELOCUENCIA ESPAÑOLA

EMILIO CASTELAR

DISCURSO LEIDO

EN EL

ATENEО CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

DE

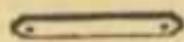
VITORIA

POR SU PRESIDENTE

Don Fermin Herran

EN LA APERTURA DE LAS CÁTEDRAS

EL DIA 12 DE ENERO DE 1886



VITORIA

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJOS DE ITURBE

1886



SEÑORES:



ODAS las cosas en la vida llegan á su vejez y ¿por qué no decirlo? Así como la blancura, signo de la vejez, llega á adornar nuestras cabezas, así las corporaciones y todos los institutos de la vida, por perder el vigor de la sávia que los alimentara, llegan á sufrir transformaciones, y si no se trasforman, que la evolucion es la ley de la vida, se hacen viejos y mueren. Y cuando viejos ¿qué satisfaccion mayor que recordar los tiempos que pasaron y celebrar con ahinco aquello que constituyó y que dió carácter á su vitalidad?

Llevan los Ateneos como condicion precisa la palabra hablada y dentro de ella, como una aspiracion suprema, alcanzar la elocuencia. Es-

te Ateneo ha tenido tambien oradores elocuentes y ha consagrado á la elocuencia un culto y una admiracion que no tuvieron nunca límites. Permitid, pues, á vuestro Presidente de este año, viejo en las cátedras del Ateneo, que consagre el discurso de inauguracion, del vigésimo año de la fundacion de este centro, á la *Elocuencia Española*, al análisis y pintura de un discurso que con ser del rey de la palabra hablada, Don Emilio Castelar, figurará en los tiempos venideros, en lugar tan preferente que para igualarle será necesario una lengua que lleve en sí todas las bellezas, todas las poesías, todo lo grandioso y todo lo sublime que contiene esta maravillosa creacion.

Pintemos, pues, el discurso leído por Castelar en su recepcion de la Real Academia Española y ojalá tenga la fortuna de sorprender el secreto de su magestuoso encanto, el destello de su inspiracion, el misterio de su belleza, el foco brillantísimo de su luz.





II.

EL DISCURSO.

CONCEPTOS FUNDAMENTALES Á NUESTRA EDAD.
ELEMENTOS POÉTICOS QUE CONTIENEN.

BREVÍSIMA pero bien meditada y en sumo grado discreta, es la introducción, en la que *Emilio Castelar* se muestra digno sin altivez, modesto sin humillación, sóbrio sin vanidad, probando que sabe acomodarse á todos los estilos, y que no le es extraño sino familiar el estilo académico, severo, solemne, mesurado, hijo de la reflexión más que del entusiasmo, producto del estudio más que de la inspiración.

Enuncia el tema: "Conceptos fundamentales „de nuestra edad, demostrando la poesía en „ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos „nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de las regiones „donde brilla la luz de las ideas á las regiones „donde arde el calor del sentimiento de la vida „y expone con habilidad suma la difícil-

tad aparente de dar solución al problema propuesto, dado el carácter positivista de nuestra edad, en la que el progreso, prefiriendo lo útil á lo bello, parece haber ahuyentado todo germen de poesía, comparado con el de la edad antigua, en la que lo ideal dominaba sobre lo real, proporcionando elementos constantes á la poesía, y en la que el amor á la gloria sustituía al amor al trabajo y se luchaba con los hombres y con los elementos, no por el afán de prosperar, de proporcionarse comodidades y placeres, sino por el de alcanzar renombre y fama, estableciendo, para hacer más visible este contraste, comparaciones, tan gráficas como oportunas entre los institutos, aficiones y costumbres de una edad, y las tendencias, inclinaciones y resabios de la otra.

Pregúntase oportunamente á este propósito si el espíritu moderno es mera abstracción ó esencia real, y se contesta afirmando lo segundo, y para probarlo, después de haber manifestado que las ideas se refieren á una unidad interior invisible, é impalpable, que como infinitas no pueden caber en lo finito, ni reducirse á experiencia, entra en una brillante disquisición histórica, por la que se demuestra que hay un espíritu de cada edad, como hay un

espíritu de cada pueblo, haciendo ver que de la misma manera que en el cuerpo humano se renuevan los átomos en el discurso de brevísimos períodos, en el cuerpo social se renuevan las ideas, al extremo de aparecer distintas y contrarias en el trascurso de medio siglo. La China,—dice *Emilio Castelar*—cuya historia por ignorada se ha pintado á capricho, ha pasado por los mismos períodos de agitacion y calma que nuestra vieja Europa, por los mismos sacudimientos, por las mismas revoluciones, por las mismas violentas transiciones; y en cuanto á la variabilidad de las ideas y por consiguiente del espíritu de cada época, presenta los ejemplos; de los estóicos perseguidos y despreciados en el siglo primero, y soberanos dominadores por su poder y su ciencia, en el segundo; de la unidad imperial que hacía de todos los pueblos uno, sustituida por la anarquía germánica, que dió origen á la constitucion de las nacionalidades; del pontificado pagano, cediendo su lugar al apostolado de la idea cristiana; del régimen autoritatorio trasformándose en régimen feudal; de los terrores del año mil, á los que sucede el entusiasmo de la época de los cruzados; de los monarcas bienaventurados como San Luis y San

Fernando, despues de los que vienen los monarcas crueles como Pedro de Castilla y Pedro de Aragon; de las peregrinaciones á Palestina que andando el tiempo se convierten en virtud de esa constante y perenne trasformacion, del espíritu humano, en las emigraciones al nuevo mundo; de la muerte de un pueblo, cuando precisamente se está verificando su resurreccion en la historia, y nacen á la vida social otros, cuya historia ha muerto, ó no han existido para el arte.

La generacion y desarrollo de la idea da ocasion á *Emilio Castelar* para una portentosa elucubracion, sobre la materia y el espíritu en todas sus relaciones y manifestaciones, que sirve para demostrar, que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, ya reales ya ideales, y en los que de ellos dependen, se encierra materia para obras poéticas y artísticas innumerables, como en el mármol la estatua, como en la concha, la perla, como en la flor el perfume, como en la cáscara el fruto; sin que crea al arte copia de la naturaleza, entendiendo que el arte, es lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, y el artista el hombre que penetra con la intuicion donde no puede penetrar el sábio con el racio-

cinio; revelador de la hermosura por inspiraciones; creador espontáneo como las fuerzas naturales; esclavo de sí mismo y tirano de los demás; mezcla de fé y de razon, ángel ó demonio; que se asimila á todo lo que á su actividad conviene; que siente antes de pensar y piensa antes que ninguno y sufre antes de que todos sufran; mártir de su genio; víctima de sus creaciones, que vive de lo que está fuera de él y muere por su propia inmortalidad; profeta agorero cuyas concepciones tan bellas, tan perfectas, tan poéticas como obras del espíritu son superiores á las de la materia "pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde surgiera la Transfiguracion ó el Pasma; ningun ruiseñor en su garganta y ningun arroyo en sus susurros melodías como las melodías escapadas de las liras del músico y de las arpas del profeta; ningun mar en sus fosforescencias y ningun cielo en sus estrellas, resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de eternas y luminosas ideas."

La naturaleza sería ineficaz bajo el punto de vista de la poesía sin el auxilio del arte; no basta para que ella exista ser capaz de conocer y sentir, es preciso saber expresar; el pro-

greso científico no perjudica á la poesía; lejos de eso ensancha el espacio en que esta se mueve. La mitología griega, la más poética de todas, la más universal, no es otra cosa que la personificación de las fuerzas naturales, de las virtudes de un pueblo, de los hechos notables de sus hijos, de las propiedades de las plantas y de los animales, de los fenómenos de la naturaleza, de las guerras y las leyes, de todo lo que la imaginación ardiente de aquel pueblo embelleció dándole las proporciones gigantescas, sobrenaturales que hacían de un hombre un semidios, de una civilización un hombre, de una virtud una diosa, de una pasión una flor, de un crimen un árbol, ó un monstruo, de un sistema científico un congreso de divinidades, que luchan y se combaten, procurando unos el bien para los mortales que están bajo su dominio y que estos representan en la aurora, en el iris, en los frutos de la tierra, en los productos de ciertos animales, y en la salud, y en la alegría, y otros el mal, materializado en la noche, en la tempestad, en los terremotos que conmueven los cimientos de la tierra, y en las fieras y reptiles dañinos, en el dolor y en la muerte.

La belleza poética de estas personificaciones,

fundada en la exageracion misma de los efectos, no es mayor que la de que es susceptible la esencia actual, en la cual hay verdades cuya maravillosidad vence á la de aquellas, en que el principal elemento de poesia era la ficcion, de tal modo, que cualquiera de los hechos, hoy vulgares y todos los dias repetidos, que por un esfuerzo de la fantasía se supusiera trasladado á la mente de un hombre de aquella remota edad, pareceria más sobrenatural, cuanto más inexplicable, y daria lugar á una tradicion quimérica ó leyenda imaginaria. Transportad nuestra moderna locomotora al tiempo de Temistocles y la fantasía griega fingirá un monstruo formado de anillos de hierro, cuyos ojos, y boca van vomitando llamaradas de fuego, que lleva en su prolongado vientre, á los hombres con sus hogares, con sus riquezas, y los conduce á largas distancias con la velocidad del rayo; trasportad nuestro telégrafo eléctrico y cantarán al genio invisible y al hado que se mueve mas rápido que la luz, y es el mensajero de los mortales, cuyas palabras trasmite de un punto á otro, inmensamente separados, casi en el instante mismo de ser pronunciadas, sin que sean obstáculo á su carrera, los rios, las montañas y el Occéano mis-

mo agitado por las tormentas. Las transformaciones y propiedades de la materia, que son el principal objeto de la ciencia moderna, en nada ceden á las evoluciones sociales y políticas de aquellos pueblos, á las creencias que abrigan sobre los efectos naturales, pues de ningún modo halla alimento más sabroso la imaginación que observando, conociendo, cómo estas transformaciones se verifican y cómo la composición y descomposición de la materia produce la vida, el movimiento, la luz, y la armonía; cómo nada muere y todo renace; cómo las metamorfosis no son ya un mito, ni la metempsicosis una fábula; viéndose de la manera que el vegetal presta su vida al animal y el mineral que de ellos se forma se la dá á los dos; cómo nada se pierde, ni el átomo imperceptible y cómo, en el trascurso del tiempo, ese mismo átomo recorre los tres reinos de la naturaleza, formando parte de la flor, del insecto, del ave, del mónstruo marino, de la roca del hombre mismo; y, hoy está constituyendo en union de otros los matices de las alas de una mariposa y mañana desarrollará sus propiedades, de cohesión y atracción, en los ojos de una hermosa muger; ahora se confunde en el fondo de un lago cenagoso y más tarde ejercerá su

influencia en la masa cerebral de un sábio.

Y probado que en nuestra edad existen elementos poéticos en más abundancia y de más vigor que en cualquiera otra, se presenta la cuestion de cuándo y cómo estos elementos constituyendo á manera de un sistema, siendo fuente inagotable donde han de ir á beber la inspiracion los poetas futuros, como la han bebido ya algunos, pasarán á ser una realidad, un hecho práctico, cuestion que se resuelve por sí misma, dando por sentado que en la misma proporcion con que crece en la inteligencia la idea de la naturaleza, el sentimiento de la naturaleza, crece en el corazon; y en la misma proporcion que este, crece la poesía de la naturaleza en las imaginaciones.

En el mundo antiguo el hombre no era considerado mas que como un efecto de la naturaleza; dejaba obrar á esta y se sometía á sus caprichos y á sus leyes, sin que jamás á ninguno se le ocurriera dirigir sus fuerzas, aprovecharse de ellas, utilizar sus propiedades y convertir sus rigores en beneficiosos efectos. Envidiaba al astro que alumbraba su hogar, á la planta que le regalaba sus perfumes ó sus frutos, al animal que amansaba y al que le infundía terror; se arrodillaba ante la piedra

ó el metal, cuyas virtudes no sabia aplicar en su provecho, bendecia al rio que fertilizaba sus tierras é imploraba al mar proceloso para aplacar sus iras. El hombre era absorvido por la naturaleza. Por una reaccion que exigia imperiosamente y provocaba de un modo perentorio, la distincion entre el Creador y la criatura, se emancipó el hombre de la esclavitud moral á que voluntariamente se sujetaba y se consideró independiente de la naturaleza, no satisfaciéndose su orgullo legítimo como nacido de la conciencia de su poder, con colocarse enfrente de ella, sino que aspiró á imponerla su dominio, á personificarla en sí mismo, dando forma material á todos sus efectos, atribuyéndoselos á sí propio y declarándose su rey y su señor. El misticismo de la Edad Media apoderándose de las conciencias produce el retroceso á las ideas antiguas, pero, no volviendo hácia la naturaleza, ni hacia á Dios, que la condensa, sino hácia la religion y sus ministros. Y nuevamente por una reaccion contraria. El Renacimiento trueca los términos y el arte diviniza la forma humana. Lo sobrenatural, lo fantástico ceden el puesto á lo real y verdadero y las obras artísticas son más bellas y más poéticas cuanto más natura-

les. A los éxtasis y transfiguraciones mentales, suceden las satisfacciones y recreos materiales; el hombre comienza á comprender su condicion y el mundo en que vive y á elevarse á su Creador por la admiracion de sus obras. Las ficciones caen abrumadas por el peso de la realidad; se abandona lo que de un modo práctico no satisface una necesidad de la materia ó del espíritu, y el ser humano dentro de las leyes divinas, y naturales se encamina á su fin, realiza su destino, de que por vías estraviadas tantos siglos estuviera alejado. No inventa fábulas que su imaginacion le hace creer realidades, pero, labra la tierra que pródigamente recompensa sus afanes; no pinta los amores del pastor y la zagalita, que en deliquio amoroso se olvidan de lo más necesario á su existencia, pero, poda, é ingerta los árboles, elabora la miel y fabrica exquisita nata y sabrosos quesos; no sacrifica una ternera á un Dios, ni celebra la fiesta de un númen benéfico, pero, lleva sus productos al mercado y trasiega el licor de las vides, en sendos toneles. Este es el hombre y esta es la vida. El arte y la poesía embellecen todas sus fases, la moral dulcifica todos los momentos, el alma se siente más dueña de sí misma y

más cerca de su Creador; la naturaleza se encuentra más agradecida, el universo aparece más hermoso y el hombre encuentra dentro de su ser el resúmen, el conjunto de todo lo que le rodea, cuyo destino se atribuye y de cuya direccion se cree encargado. Y el hombre amó á la naturaleza porque vió en ella cosa suya y no quiso que manifestacion alguna de sus dones, de sus riquezas, de sus virtudes, de sus maravillas quedase ignorada; y se lanzó á regiones ignotas á galvanizar un mundo que fué y á abrir las puertas de la vida social á un mundo que nacía; y en todas partes la halló y se extasió en su contemplacion, descubriendo nuevos manantiales de poesía, llegando, los que esto realizaron, á creerse trasportados á los primeros dias de la creacion, en que una eterna primavera hacia la vida más amable, más seductora, desplegando todas sus galas, todos sus primores, ofreciendo al hombre perezoso las primicias de sus frutos, cuya posesion ningun esfuerzo le costaba y que se le presentaban siempre en sazon, siempre abundantes, sin las contrariedades de las plagas de insectos y accidentes que los privasen de sus inapreciables condiciones, ni las menguaran en lo más mínimo. Al génio ibero cúpole la gloria

de despertar de este modo el sentimiento de la naturaleza, enturbiado por contrarias y poderosas corrientes. De Asia y América vinieron los efluvios de inspiracion que hicieron sonar las liras de Cervantes y Camoens, y dió á sus cuerdas acordes de desconocida armonía, pero en su tiempo, no llegó el sentimiento de la naturaleza á su más alto grado, esto no se verificó hasta el siglo siguiente; tuvo sí lugar en el siglo de la razon y de la enciclopedia, en el siglo décimo octavo, siglo pensador más que poeta, de cuyo comienzo á cuya terminacion media un abismo, que no bastarían á llenar otros siglos, pues en su trascurso, se llevaron á cabo las revoluciones más grandes y más trascendentales y la humanidad dió por su virtud un paso gigantesco hácia su perfeccion y hácia sus constantes ideales.

La libertad, suprema y eterna aspiracion del espíritu, dió la clave para esta transicion y el amor á la libertad fué consecuencia del amor á la naturaleza. La ciencia vino á consagrar esta union y el hombre sintiéndose dueño de la naturaleza quiso ser dueño de sí mismo, quiso ser sábio y poderoso, quiso ser feliz y libre. De aquí el arte, que no puede permanecer mudo ni oculto en medio

de estos espectáculos; de aquí la poesía, á la que la imaginacion exaltada presta poderoso aliento y de aquí los conceptos fundamentales de la sociedad, á cuyo calor, mil y mil bellas obras se han producido, desde el idilio y la égloga, hasta la elegía y la tragedia. Y de la misma manera que la contemplacion de la naturaleza, el goce de sus dones, arrancan al poeta sublimes cantos, el estudio de sus propiedades benéficas, de la aplicacion de sus fuerzas inconscientes y ciegas, le inspiran mucho más, porque es más verdadero, más susceptible de embellecimiento, porque es más poético, porque no espresa el sentimiento de la naturaleza sino la ciencia de la misma; porque conduce al hombre á través de ella y por su medio á las regiones infinitas; porque representa el himno universal entonado por todas las criaturas, suelos y mares, tierras y soles; porque hace al hombre más digno de su mision, porque le aparta de las abstracciones de pensamiento á veces fatales y le sume en la universalidad de los séres; porque le eleva al reconocimiento de todas las causas y de todas las manifestaciones de los mismos, luz y forma, materia y movimiento, en las que se realiza la unidad en la variedad; porque nunca acaba

y cada vez se revela con más fuerza, estendiéndose su jurisdiccion desde el caos á lo eterno; porque rechaza toda idea de ficcion, que luego de conocida produce el desencanto; porque halla modelos en todas las cosas; porque la satisfaccion que produce alcanza en primer lugar al que lo cultiva, y despues á los que de él disfrutan, sin que por eso disminuya su intensidad; porque es accesible á la investigacion; porque es infinito y eterno.

Las nuevas ciencias y los nuevos instrumentos científicos, han ensanchado los horizontes de la poesía de una manera increíble; lo inmensamente grande y lo inmensamente pequeño han tenido que sujetarse á la investigacion y análisis del hombre; éste no se ha satisfecho con observar y examinar lo que pertenecia á su esfera, ni lo que en ella se le presentaba á la vista, sino que ha querido saber lo que pasa fuera de la tierra, como son los mundos extraños al suyo y cuáles las relaciones que al suyo les une; ha mirado y ha visto en el grano de arena, en la gota de agua organizaciones innúmeras, cuya existencia apenas sospechaba, ha aproximado á sí los astros para conocer su constitucion y ha agrandado los infusorios para estudiar su ma-

nera de existir. El telescopio y el microscopio han realizado todas estas maravillas, cuya poesía aventaja á la de los sistemas celestes antiguos y á sus órdenes de divinidades gerárquicas. La moderna geología que debe su existencia y su desarrollo á nuestro siglo, ennoblecendo la materia y presentándola á nuestra admiracion, siempre creciente, rodeada de misterios que ya no lo serán, de prodigios natural y sencillamente esplicables, ha dado el golpe de muerte á las ficciones poéticas de la antigüedad; los titanes escalando el cielo y conmoviendo las entrañas de la tierra, en los que se representaban los volcanes; los gigantes, trasladando sus montañas y torciendo el curso de sus rios en los que estaban personificados, los terremotos, los mónstruos, las borbonas, los centauros, los tritones; todas las creaciones fantásticas de aquellos tiempos ni aun compararse pueden en grandeza y maravillosidad á las realidades de los actuales, que esta ciencia nos ha revelado, mostrando á las atónitas miradas del hombre las entrañas de la tierra abiertas, en las que se descubren vestigios y huellas de existencias y generaciones, infinitamente anteriores, á todas las noticias que de su principio y origen del mundo tenia

por la historia y por la tradicion y en las que se convence de su generacion física, de la desaparicion de miles de especies animales y vegetales y de la transformacion lenta pero continua de la materia, observando las proporciones gigantescas de los restos humanos petrificados, de los miembros de animales convertidos en roca, de los troncos y ramas de árboles y arbustos fosificados. Y profundizando más aún, contempla en los fecundos senos de la naturaleza, los laboratorios donde se fabrican los metales y las piedras preciosas donde se funden todos sus elementos y contemplándolo lleva el análisis hasta querer conocer sus causas, sus procedimientos y por ellos las etapas de la creacion, sus cambios, sus fases, su edad y su duracion probable; se traslada al momento sublime del *fiat lux* y ve como si realmente hubiera asistido á ella la primera manifestacion de la naturaleza; concibe y explica el caos, la revolucion de los átomos, la constitucion de la materia, las luchas de los elementos contrarios, su agregacion por afinidades, por cohesiones, de los que luego resultan los organismos, la vida, el movimiento, los sonidos y los colores, cuyas infinitas variedades dependen de reducido número de ele-

mentos que se combinan y componen con asombrosa é increíble diversidad. Hay en todo esto un tesoro inagotable de poesía que al poeta toca descubrir á los ojos de la muchedumbre ansiosa de recrearse en ella; las notas existen y aguardan al inspirado cantor que las ordene en melodiosas estrofas, constituyendo cánticos inmortales. Nada importa que el ser egoísta, indiferente, de imaginacion apagada, de corazon seco y alma pequeña, mire con desdén magnificencia tanta, ó no mire mas que aquello que habla á sus sentidos ó á la satisfaccion de sus necesidades materiales; el poeta hará ver á la humanidad el lado poético de esos efectos y de ellos sacará enseñanzas y recreos, satisfacciones y deleites y demostrará la verdad adornada de flores y de perlas, engalanada con los primores de la fantasía más exaltada y con los encantos de la mágia más seductora. Si los antiguos, materializando las virtudes, los afectos, las pasiones, las creencias, los accidentes de la vida, fingieron personajes á los que pusieron en accion, por medio de fábulas ingeniosas, los poetas actuales, con más realidad nos pintarán al sábio arrancando á las nubes el rayo que destroza y aniquila, hundiéndolo en las profundidades de la

tierra, ó lo que es más admirable, jugando con él, interrogándole y obligándole á responder; elevándose á donde el águila rapante no osó dirigir su mirada, para disfrutar como ella de un vasto panorama que le presenta las montañas como insignificantes relieves, las comarcas como diminutas parcelas, los rios más caudalosos como cintas de plata que serpentean y toman todos los colores, las ciudades como cementerios, y los hombres como hormigas; haciendo del metal un servidor fiel, un centinela, un vigía que le anuncie con exactitud y precision matemática el estado del medio en que vive y con anticipacion los cambios que en el mismo han de verificarse; dotando al gas más ténue y ménos persistente de fuerza colossal y convirtiéndolo en motor poderoso, en obrero incansable é inteligente que arrastre masas enormes y elabore en una hora cien veces más cantidad de materia primera, que cien obreros de los más hábiles y diestros; consiguiendo vencer la indomable insolubilidad del rey de los metales, para extender y ampliar su aplicacion á su regalo y á su salud, descomponiendo lo que no se creia susceptible de descomposicion; llamando en su ayuda á las fuerzas de la naturaleza y haciendo á la

chispa émula de Apeles, Praxiteles y Esculapio, al apropiarse sus condiciones artísticas y medicinales, nunca igualadas, y mil conquistas más, que no otra cosa son el para-rayos, el globo aereostático, el termómetro, el barómetro, el vapor, los reactivos, la electricidad y la luz en sus distintas aplicaciones y variadas manifestaciones. Tan cierto es como que hay más distancia y diferencia más notable entre los tiempos antiguos y el presente, y entre sus elementos poéticos asimilables que entre la clepsidra primitiva y el cronómetro moderno, el reloj que marca los segundos, los minutos, las horas, el día y la noche, los meses, las estaciones, que nos regala los sonidos con música armoniosa, que nos recuerda nuestros deberes y adivina nuestros deseos.

El trabajo es el complemento de la creación y la ciencia simplifica el trabajo facilitándolo. La epopeya del trabajo, que es la lucha con los seres inferiores á nosotros, que son las fuerzas naturales, ha sustituido á la epopeya de la guerra, que es la lucha con nuestros semejantes; y si los antiguos cantaron las lides guerreras, los héroes y las batallas, los modernos, más prácticos, más conformes á su condición, más hombres, cantarán las virtudes

y conquistas de la ciencia, de la actividad y del trabajo humano. Cervantes y Foé, el español y el inglés que habian estudiado su país y habian rendido culto á las preocupaciones y tendencias de su siglo y de su nacionalidad, han dejado consignado en dos libros, *El Quijote* y *Robinson*, el espíritu dominante en su época respectiva. *D. Quijote* es el retrato de su edad, como *Robinson* es la fotografía de su tiempo; y entre uno y otro hay una diferencia igual á la que existe entre un siglo y otro siglo. Lo caballeresco, lo ideal, llevado á la exageracion, la sublimacion de la guerra están representados por el uno; el trabajo industrial, la dominacion de la materia, la fuerza de voluntad están significados por el otro; el triunfo no cabe dudar de quién será, por más que mucho tiempo haya estado indecisa la victoria. Y si ha habido una *Iliada* de la guerra habrá una *Iliada* del trabajo, que cantará las victorias alcanzadas por el hombre sobre las resistencias ciegas de la fuerza, como aquella cantó las del hombre sobre el hombre; cuando los pueblos aprendan á amar á los que los redimen más que á los que los tiranizan. Entónces interesará más conocer los medios misteriosos de que los sábios se valie-

ron para llevar á la humanidad un nuevo elemento de progreso, de perfeccion, de prosperidad, al paso que se mirará con indiferente desden, y aun con hastío, las descripciones y relatos de los combates de Aquiles, vencedor de Héctor, de los repugnantes festines de los Atridas, de las batallas campales donde el capricho ó las pasiones de los reyes jugaban el porvenir de un pueblo, de las azañas de tantos guerreros ilustres cuyo esfuerzo fué completamente estéril para el bien del género humano, de las grandes catástrofes, de los crímenes célebres, como de los hechos históricos; y sólo llamarán la atención y excitarán la curiosidad las inquietudes y zozobras del sábio, que lucha con los obstáculos que la materia opone para ser dominada, sus esperanzas al creer haber hallado la fórmula con tanto afán buscada, sus congojas al ver caer á tierra un sistema completo con tantas fatigas y quebrantos levantado, su ardor en comenzar de nuevo para verse otra vez vencido y humillado por su impotencia, su satisfaccion y su grito de júbilo al persuadirse de un triunfo que ya nadie le ha de arrebatár y que le facilitará la consecucion de otros muchos, de los que el alcanzado, es como el primer eslabon de una

larga cadena. Entónces la poesía no embelecera con su mágico aliento las escenas de sangre, de luto y desolacion, cuyo horror aparecerá en toda su aterradora repugnancia, ni los recuerdos de sucesos que para nada influyeron en el bien de los humanos, sean de conquistadores, de reformistas, de revolucionarios ó de fanáticos; pero, en cambio, prestará todas sus galas todas sus armonías, toda su luz y todo su calor á las evocaciones del investigador audaz, de las fuerzas ocultas, de la razon humana en sus relaciones con la naturaleza, los sitios donde el explorador atrevido va á buscar la causa de lo que se refiere al medio en que vive, fuera de este medio, interrogando á los astros sobre lo que allí pasa y obteniendo contestacion precisa, clara, evidente, satisfactoria; los ensayos del profundo alquimista que roba á los seres organizados é inorgánicos el secreto de sus virtudes, de sus propiedades benéficas; los cálculos del matemático, las combinaciones armónicas del músico, los rasgos valientes del pintor, los descubrimientos del físico y del naturalista, del médico y del filósofo, cuyas manifestaciones son más reales, más prácticas, más útiles que todas las empresas guerreras, que todas las aventuras caballerescas,

que todas las luchas y que todos los cambios de las edades que fueron, y por tanto más humanas, más bellas y más poéticas.

La magnificación y exaltación del trabajo, sucediendo á las de la conquista, han arrebatado á esta todo su prestigio y también toda su poesía. Esta tiene que ser mayor en los tiempos actuales porque la ciencia moderna es mayor, porque la ciencia y la poesía no se excluyen ni se repelen como no se repelen y excluyen la religión y la ciencia, ni la poesía y la religión, antes bien coexisten, se completan y ayudan en virtud de la relación que las une en la identidad de sus miras eternas. El hombre se eleva del aprecio y consideración de sí mismo, á que le conduce la convicción de su superioridad sobre todo lo creado, al aprecio, consideración y amor á la familia que es origen y consecuencia de sí mismo, á los de la sociedad de que forma parte, á cuyos fines contribuye y de cuyos medios se aprovecha y disfruta, á los de la nacionalidad á la que le unen los mismos hábitos, la misma lengua el mismo sol y las mismas auras, y por consecuencia á los del Estado, á quien dá fuerza y autoridad y de quien recibe protección y defensa, y la idea del Estado ha crecido en

la mente del hombre, al par que la idea de la creacion, porque así era preciso y de este engrandecimiento ha resultado la idea de la libertad, que es la poesía política. Comparad sinó la libertad actual, el derecho moderno, emanados de la voluntad general, arraigados en la naturaleza y en la conciencia del hombre, con la servidumbre y el privilegio constituidos en sistema en la antigüedad, con la existencia de las castas, con la autocracia, la tiranía y el despotismo, con la soberanía feudal, con la teocracia en lucha con la monarquía, con el dominio absoluto de la personalidad humana por el terror y la supersticion, con la anulacion del individuo en el hogar, en la nacion y en la humanidad, y.... decidnos dónde se encierran más elementos poéticos, dónde hay más alimento para el arte, dónde hay más poesía. La libertad, pues, ha promovido más cruzadas y más guerras que la tiranía, pero guerras y cruzadas que llevaban la vida y la civilizacion á los pueblos, en vez de arrebatárselas, y si Grecia conservó su autonomía debiólo á las sombras de los que por ella en otros tiempos combatieron y al entusiasmo que los cantos de sus poetas, en ella inspirados, produjeron; y si Italia consiguió su indepen-

dencia y su unidad, fué de ello acreedora al respeto y admiracion que excitaron sus artistas, que la llenaron de monumentos plásticos y armónicos; y si América vió á sus hijos libres y dueños de su pensamiento y de su actividad, obra fué esto de los oradores, de los sacerdotes, de los filántropos, de los poetas que en la tribuna y en la prensa, en el púlpito y en el libro, en el hogar y en los sublimes acordes de la lira, aconsejaron, predicaron, propagaron y cantaron la sublime máxima de la igualdad y de la fraternidad de todos los hombres, cuya idea, como todas las ideas grandes, ha tenido sus perseguidores y adversarios, pero tambien sus apóstoles y sus mártires.

La libertad ha encontrado siempre, cantores inspiradísimos que la deificaron en sus cantos; amándola vencida, defendiéndola amenazada, llorándola perdida, y nunca como en nuestro siglo han resonado aquellos con acentos tan elevados, ni con tan prodigiosa variedad de tonos. En nuestra españa la epopeya nacional llamada guerra de la Independencia puso la lira en las manos de los poetas que entre el fragor de los combates, en medio de la metralla, presenciando los horrores del incendio de la sangre, de la ruina, que aparecia por do-

quiera la arrancaron acordes vigorosos y enérgicos que llevaron á los ánimos, con la conciencia de la justicia, la esperanza del triunfo, con el amor á la gloria, el desprecio de la muerte, la abnegacion, el sacrificio, el ardor bélico, la tenacidad y el heroismo. Quintana apareció entónces siendo el Homero de aquella Iliada, despues de haber sido el Simónides de tantos combates; y su inspiracion se desbordó impetuosa, inflamando los corazones españoles con el ardor que supo dar á sus poemas y que se comunicó á todos, favorecido del entusiasmo que aquellos producían. En Italia, Leopardi, cantó despues la libertad antigua y suspiró al echarla de ménos para su pátria, y sus canciones pasarán á la posteridad como modelo de robusta entonacion, de dulce melancolía. Más tarde Byron, el poeta inglés más triste y más desgraciado, vá á Grecia á morir, interrogando á sus sepulcros y á sus ruinas el origen y el destino de su antigua libertad, inspirándose en la memoria de sus poetas y sus Dioses. El anhelo de la libertad produjo en todas las épocas y en todos los pueblos poemas inmortales engendrados en la prision y en el destierro; los tiranos opresores queriendo ahogarla la han rodeado

de una aureola de poesía, que en todas las latitudes ha encontrado intérpretes, á los que las persecuciones enardecían y estimulaban á seguir cantando, y cuyas canciones iban infiltrando en la mente y en el corazón de los que gemían en la servidumbre la idea y el anhelo de la libertad, que creciendo y propagándose con rapidez extraordinaria hacía temblar en los tronos á los tiranos y estremecerse de placer á los oprimidos que educaban á sus hijos en estos sentimientos y les escitaban á ser libres. Si cantores ha tenido la libertad en todos los tiempos, cabe al actual la gloria de tener al más grande de todos, al gigante de la idea, al mártir de sus creencias, al poeta bíblico, al panegirista de su siglo, al enemigo irreconciliable de la tiranía, español por naturaleza, francés por educación, al primero que alzó bandera en su patria contra el doctrinarismo y la tradición, al que sólo respetó de lo que al despotismo pertenecía lo único que era digno de respeto, y aun de admiración y culto reverente, su arte, su literatura, representados en las obras de sus ingénios cuya congénita independencia no había podido ser desvirtuada por la atmósfera de corrupción y torpeza en que respiraban, en los cuadros y en las cons-

trucciones de sus artistas que no eran ménos bellas, ménos magníficas por haberlas inspirado ó levantado la adulacion y el servilismo, que son el incienso que más agrada á los poderes autoritarios y absorventes. Victor Hugo cantó á la libertad en sus composiciones líricas y en sus obras dramáticas apostrofó á la sociedad de su tiempo, conminándola con infinitas desventuras sino entraba en el camino del progreso, del que la libertad era el principio; llevó al teatro la copia de sus costumbres que presentó en mágico relieve y con gran riqueza de colorido; hizo de la escena un altar, en el que rindió adoracion á todo lo grande, á todo lo bello, á todo lo humano, ofreciéndolo á la de los demás y todo le valió el ser perseguido, desterrado, proscrito, pero no sin haber levantado el espíritu de su pueblo preparándolo para la época de su regeneracion social y política, que no había de tardar, no sin haber devuelto su soberanía al ingenio y sus alas á la poesía.

El concepto de la historia, otro de los fundamentos de nuestra edad, adquiere asimismo un desarrollo inmenso, pese á los detractores del siglo actual, al que acusan de poco respetuoso con ella. En ningun otro recibió tan poderoso

impulso ni fué objeto de tan profunda atencion; y así es como se esplica que merced á su cultivo constante y á su discreta aplicacion, las edades que fueron aparezcan á nuestra vista como á través de un prisma que acerque los sucesos y les presente el ruido y movimiento, haciéndolos palpables, analizables, bien distintos y que en su virtud los muertos salgan de sus tumbas y hablen y obren como pudieran en vida, los monumentos se reconstituyan en su primitiva construccion, los lugares y paisages recobren su ser y su estado sin perder nada de su belleza, lo cual ha sido la obra de un sólo poeta que soplando en las cenizas ya frias, de de nuestra casi olvidada historia, ha renovado en nuestra imaginacion sus hechos más culminantes, sus más fantásticas tradiciones, sus reyes más esclarecidos, sus tipos más característicos, y en nuestros corazones la fé ardiente de aquellos caballeros que nada emprendían sin implorar la proteccion divina y las bendiciones de la iglesia; el dolor de la ausencia de la pátria, pintado en aquellos cuyo carácter y civilizacion hemos heredado y á quienes un fanatismo imprudente arrojó para siempre á las soledades del Sahara. Este poeta es Zorrilla. Zorrilla que como ningun otro ha hecho

de la poesía su vida y que ha tenido la inapreciable fortuna de venir al mundo en una época de transición histórica, más notable que otra alguna, y por tanto la más apropiada para la leyenda, para el drama y para la elegía. Estas transiciones se verifican á grandes períodos y tardan en verificarse á veces siglos enteros y el poeta á quien cabe la suerte de nacer en su promedio halla elementos poéticos desconocidos para los que le precedieron como para los que le han de suceder, halla inspiración sin esfuerzo, materia abundante que no tiene que ir á buscar y combustión que brota sin el contacto de otra estraña. En tales siglos de transición tras de un período de filosofía viene otro de arte ó de literatura, ó tras la universalidad, la concentración, cuyas transformaciones, que tienen el recuerdo del pasado con la esperanza del porvenir, dán vigor creciente y creciente interés á la ciencia histórica. Desde el símbolo á los caracteres de imprenta no hay más distancia que de los geroglíficos escritos en las paredes de los templos y en las losas que cubrían los sepulcros de los antiguos, á los cuadros sinópticos de cien dinastías diferentes, y lo que ayer fué capricho de un hombre orgulloso hoy es necesidad de las na-

ciones que ven en la historia la experiencia de la humanidad reducida á fórmulas. Y la historia tiene tambien su historia que se llama filosofía y tiene tambien sus metamórfofis, sus alternativas, sus períodos, sus etapas de grandeza y esplendor; viéndosela en los anales de las estaciones y de los fenómenos celestes, en los libros teogónicos, en las relaciones desnudas y ordenadas de los sucesos, en los cantos de los trovadores, en las crónicas de hechos notables aislados, ahora mitológica, luego tradicional, despues cronológica y teológica, más tarde legendaria, poética, política, moral, filosófica, crítica y pragmática, segun las aficiones de sus intérpretes, y ecléctica ó nacional segun las ideas y aspiraciones de los pueblos, universal cuando se verifica la disgregacion de los grandes imperios, lánguida y sin vigor bajo la tiranía, poderosa y brillante con la sávia vivífica de la idea cristiana y deshecha al deshacerse el imperio más grande de la tierra; y dividida en diversos órdenes de manifestaciones, árida y difícil en los cronistas occidentales, pulida y atildada en los orientales, particular con los reyes legisladores, característica en los filósofos del Renacimiento, analítica en el siglo décimo séptimo, social y crítica en el de-

cimo octavo, y eminentemente filosófica en nuestro siglo. He aquí probado el crecimiento desmedido de la idea histórica en sus no interrumpidas transformaciones, idea que ha llegado á su apogeo en nuestro siglo por la convicción de la unidad de Dios y de la del hombre, por la union del principio de la realidad de los hechos y del libre albedrío de los individuos, por la creencia de que estos se hallan en relacion con la naturaleza y la de que están en contacto con la divinidad, por cuya virtud la historia engrandecida y abrillantada, no es ya otra cosa que un inmenso poema que empieza con el hombre y con él ha de concluir.

Las ideas pesimistas que se achacan á nuestro siglo, en contraposicion á las optimistas de los otros, no son tan generales que puedan considerarse las dominantes en todas las sociedades modernas, dependiendo más bien su exacerbacion y decrecimiento de la mayor ó menor tension de los elementos que constituyen estas sociedades, de la combinacion más ó ménos armónica de sus aspiraciones, como de la mayor ó menor tension de los músculos del hombre resulta su proposicion al movimiento ó al reposo, y de la combinacion más ó ménos propia de sus humores procede su predisposi-

cion á la alegría ó á la tristeza. Pocas composiciones literarias hay sin un ripio, sin un lunar; pocos cuadros sin un rasgo descuidado; pocos cielos sin una nube; pocas sociedades sin un individuo que proteste contra la corriente universal de las ideas y de los acontecimientos. Y más pocos son los que sin constituir ni siquiera una clase, cuando ménos una escuela, una secta, se empeñan en negar la verdad, la bondad y la belleza, allí donde estas manifestaciones del Ser Absoluto aparecen con caractéres mas claros, más evidentes más expresivos. Estos individuos que están fuera del concierto de la humanidad, llevados de su temperamento, quizá, creen que en lo humano nada hay de que pueda el hombre felicitarse, que el bien es mentira, que la verdad no existe, que la belleza es un mito y la poesía una palabra sin significacion; desconfían de todo, todo lo aborrecen y aman sólo la nada, envolviendo en su ódio, en su negacion á todo creador y á toda criatura. Pero eso es un accidente pasajero que no llega á efectar al conjunto de los séres y de las cosas ahogándose en él. Y nadie está libre de caer en estas aberraciones que á veces toman el carácter de verdadera epidemia, pudiéndose creer, en mo-

comun, no siendo así, durando muy poco sus manifestaciones y volviendo la razón humana y el sentimiento humano á sus eternas aspiraciones, á lo ideal, como tras de la noche viene el día y tras de la tormenta la calma. ¿Qué poeta, si verdaderamente merece este nombre, no ha sido escéptico, una vez por lo ménos en su vida, escéptico de Dios, de la naturaleza, de los hombres; escéptico de sí mismo y de todo lo que mira suyo, que es la desgracia más grande que puede afligir al hombre? Pero cuando cesan las causas puramente físicas ó fisiológicas que determinan tales observaciones, el que fué su víctima vuelve á su natural manera de ser, de pensar, de sentir y de querer y se aficiona con más ahinco á los ideales de que temporalmente estuviera alejado. Somos todos arrastrados por la corriente del progreso y en vano será que algunos se empeñen en oponer obstáculos á su carrera, caminamos á la perfección, á la que nunca hemos de llegar, y, tal vez, lo que hoy nos parece inmejorable será desechado mañana por demasiado imperfecto, que es lo que se está verificando desde que el hombre es hombre, y, existen causas, efectos, relaciones y propiedades en los objetos naturales, desde el principio del mundo. La tendencia

universal es á unirse todas las criaturas, en el eterno Creador, en caminar tras este ideal, que segun las categorías de las especies, se ve más ó ménos inmediato ó lejano, procediendo en las manifestaciones, de esta aspiracion, lenta pero continuamente, á no ser cuando las convulsiones del universo mundo ó del universo social las demoran ó dificultan, ó por el contrario las dan extraordinario impulso.

Llégale su turno al arte. Lo mismo que la idea de la naturaleza, la idea del hombre, y la idea de la historia se han engrandecido en nuestra edad, la idea del arte ha tomado un vuelo asombroso, y lo prueba *Emilio Castelar*, manifestando que el arte es en la época actual la más libre de todas las manifestaciones humanas, que vive por sí, siendo el mismo su principio, su objeto y su fin, que es universal, porque es el resumen del arte antiguo en todos los pueblos y en todas las épocas, de las que la nuestra es la heredera; que no es exclusivo ni limitado, como lo fué en otros tiempos, en que se hallaba circunscrito por las creencias, por las opiniones, por los gustos dominantes, manifestándose hoy donde quiera que haya ocasion y como mejor le sea dado, y viéndosele en donde quiera que se manifieste,

en lo profano y en lo sagrado, en lo antiguo y en lo moderno, en lo propio y en lo extraño, lo mismo en el seno de la civilización más esplendorosa que en medio de la barbarie más salvaje. Nuestro siglo pertenece á todas las artes como á todas las literaturas, y en su presencia los ódios enmudecen, las diferencias se olvidan, las luchas cesan, y todos los hombres, todas las naciones, todas las razas se unen en el arte y por el arte. No de otro modo se comprende el acto de aquel admirador del arte que ayudaba, defendía y estimulaba á un su enemigo mortal, que era artista sublime, porque sus obras le producían un placer y un deleite tan vivos y tan puros que eran suficientes á acallar el grito de la venganza, que de largo tiempo acariciaba, el cual asesinó á su ídolo cuando estuvo convencido de que él artista no lo sería más, por haber perdido la inspiración y hasta el sentido moral que los excesos habían pervertido.

Para confirmar la diferencia entre la idea moderna del arte y su idea antigua, hace *Castelar* una digresión que es por sí sólo un cántico, un himno, poema admirable. Recuerda las distintas épocas en que visitó las ruinas de Poesthum, la Alhambra y la catedral de Tole-

do y refiere las impresiones que en su cootemplacion experimento y... ¡Gran Dios! *Castelar* que tan prodigiosamente sabe pintar y escribir las de los demás, aunque se refiera á hombres y cosas que han pasado ó de las que le separa gran distancia ¿cómo no había de expresar las suyas propias de una manera tan imitable, refiriéndose á lo que ha visto, á lo que ha tocado, con lo que su alma se ha extasiado y su espíritu se ha suspendido. Jamás se han escrito en lengua castellana tan magníficas descripciones, tan maravillosa riqueza de detalles, pintura tan acabada de las escenas de la naturaleza, con un cielo azul de risueños celages, con sus pájaros, con sus flores, con sus montañas, con sus rios y sus mares; de los monumentos histórico-artísticos con sus paredes que hablan, con sus ventanas que ríen, con sus bóvedas que miran y sus sombras que se mueven, de los templos cristianos con las altas inspiraciones que en los creyentes levantan sus naves severas y sombrías; con sus altísimos pilares, que representan las fuerzas perennes que sostienen la iglesia de Dios; con sus oratorios y capillas que llaman al recojimiento y oracion; con sus imágenes sonrientes ó llorosas, de la madre de

Jesús; con sus ceremonias tan imponentes como consoladoras; con sus salmos y preces y cánticos llenos de diversas armonías; con sus ábsides, en las que el arte de todos los tiempos, tiene representación y sus torres, que apuntan al cielo, como indicando al hombre su misión y su destino. “¡Feliz edad—esclama—que nos consiente comprender en toda su verdad y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado á tan sublime poesía!”

Después de la naturaleza en que predomina la materia, de la familia y el estado en que predomina otra idea superior, del arte en que es agente y objeto la sensibilidad, de la ciencia en que lo es el pensamiento, viene la Religión de que es principio la fé, último término de la ascension de lo finito á lo infinito. El concepto de la religion es en nuestra edad superior al de los siglos anteriores como lo son los otros conceptos ya indicados. Nada dice en contra de esta afirmacion, la existencia y nacimiento, en nuestro siglo, de escuelas y sistemas en que se prescinde absolutamente de la religion y hasta de la divinidad; el ateismo no sólo no es propio de nuestro tiempo exclusi-

vamente, habiendo sido comun á otros que pasaron, sino que es consecuencia de la rebeldía de algunos á lo que es superior á ellos, ó de las condiciones de su organizacion física ó moral; el ateo es á Dios, lo que el misántropo á los hombres; no pudiendo vencer á quien aborrece le niega. Pero las aspiraciones religiosas de nuestro siglo no por eso son ménos incontrastables; mientras tengamos conciencia de nuestra imperfectibilidad, de nuestra limitacion, de nuestra impotencia, y veamos un *más allá* que no concebimos ni aproximadamente; mientras el hombre sea todo luchas y todo contradicciones habrá esperanza de otra vida donde nada de esta exista, habrá fé, habrá religion. Nuestra edad tiene sentimientos religiosos lo mismo que cualquiera otra, más acaso, pero lo que tiene y es privativo suyo es una ciencia y una filosofía de la religion que no ha tenido ninguna otra. La historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas; así ha estudiado el Oriente: la China con su teología mecánica, la Judea con su trinidad mística, la Persia con su dualismo social, el Egipto con su culto de los muertos, la Siria con sus mitos, la Arabia con sus sentencias enigmáticas. En las formas de

las creencias, como en las formas del lenguaje, existen grandes relaciones que ha tocado descubrir á la moderna filosofía. Merced á su estudio, se han abierto á la historia nuevos y extensos horizontes. El misterio, de aquellas edades, descubierto ha llevado el respeto y el recogimiento al ánimo de aquellos que antes lo miraban con desdeñosa curiosidad. Y las nuevas ideas sobre las razas, sobre las lenguas, sobre las religiones se difundirán, muy pronto cuando encuentren un apóstol que las predique y un poeta que las cante. No hay poema más grande que el construido por la historia de las religiones, en la edad moderna. Cada templo, cada altar, cada estatua, cada árbol sagrado nos representan las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios de todo el género humano para elevarse de lo finito á lo infinito y las transformaciones, las alternativas, los períodos de adelanto y retroceso de los distintos pueblos y de las distintas razas. Nunca como en este siglo se han renovado con más vigor aquellos tiempos y nunca la filosofía de la religion ha tenido tan distinguidos intérpretes. La poesía religiosa ha tenido en todos los tiempos sus adeptos y los tiene en la edad presente, que han hecho resonar

sus liras, ya dulce, ya triste, ya magestuosamente, cantando todos los misterios, todas las grandezas, todos los encantos, todas las divinas armonías de la religion cristiana. El cristianismo cuya obra principal fué separar la conciencia, del Estado, mató la teocracia y la autocracia de un sólo golpe, dando la libertad á la conciencia. Al verificarlo ha acrecentado la conciencia, la personalidad humana, y ha acrecentado tambien la poesía de la religion. La paz es más bella que la guerra y es más cristiana; la palma del mártir es más poética que la púrpura del emperador; la caridad es más sublime que el terror; el perdon es más dulce que la venganza y la libertad es más santa que la tiranía.

El hombre desde que es hombre aspira á la libertad; primero fué esclavo de la naturaleza cuyas leyes no podía ni sabía modificar con arreglo á sus necesidades ó deseos; se emancipa de la naturaleza por medio de la sociedad: pero esto no le satisface ni le basta y encuentra más desahogo en el arte, en la religion y en la ciencia que le dan la libertad de la idea, de la conciencia y de la razon. Nuestro siglo es el siglo de la ciencia. Al caudal científico recogido de siglos anteriores ha añadido otro

mayor que se debe así mismo y que basta para engrandecerle. El hombre moderno lo ha investigado todo, desde lo que existe fuera y á inmensa distancia del planeta que habita, hasta lo que está dentro de su mismo ser y es invisible é impalpable; desde los cuerpos que aparecen á su vista, hasta los fluidos y fuerzas que animan á esos cuerpos y les dán consistencia, forma, color y dimensiones; desde los espacios sidereos hasta las entrañas de la tierra y sus últimos confines. La historia de la tierra es la obra casi esclusiva de nuestro tiempo y lo es tambien la historia del hombre porque así como en ningun otro ha habido más amor á la naturaleza, tampoco ha habido más amor á la humanidad. El cuerpo y el alma han sido objeto de investigaciones profundas y constantes, y á través de muchos ensayos, de grandes errores, de continuas contradicciones, la fisiología humana ha dicho su última palabra y la psicología ha llegado al último límite posible. La circulación de la sangre y la generacion del pensamiento, la asimilacion de las moléculas por el cuerpo y la asimilacion de las ideas por el alma, la física y la metafísica, la estética y la historia, nunca otra edad ha tenido más abun-

dancia de materiales poéticos. Nuestro siglo es el siglo de la ciencia, sin dejar por eso de ser el siglo de la poesía, pero de la única poesía, de la verdadera poesía, de la poesía humana. La ciencia y la poesía han caminado siempre juntas; un mismo siglo ha producido sábios eminentes y poetas inspiradísimos. Nuestro siglo tiene su ideal y tiene también su poesía como la han tenido los otros siglos cada uno en conformidad de su espíritu. En el siglo V. antes de Jesucristo y en el XIII, después, el ideal era la fe y su manifestación la poesía épica. En Grecia después de las guerras médicas, en España después del descubrimiento y conquista de América, en Francia después de las primeras revoluciones, el ideal era la guerra y su manifestación la poesía dramática; la poesía lírica personalísima, libre, conforme al espíritu moderno, es la poesía de nuestro siglo y vence á todas en sus elementos y esplendor. No es poco poético el siglo para comparar el cual hay que escudriñar todos los pasados por diversos pueblos, convenciéndose de que ninguno hay que le aventaje; el siglo en que la lucha de las escuelas añade cada día nuevos elementos á cada una; el siglo que ha conocido más géneros

nuevos de poesía y mayor número de poetas; el siglo que ha visto nacer pueblos y civilizaciones al impulso de los cantos de los trovadores; el siglo que ha elevado á la poesía y á los poetas hasta donde nunca lo fueron, otorgándoles consideracion, honores y riquezas, contribuyendo á su popularidad, á su fama y á su gloria.

Y por lo que hace á España, en la que todos los climas, todas las costumbres, todos los caracteres del mundo entero se hallan representados, cuyo cielo á ningun otro cede en pureza y diafanidad; cuya vegetacion así emula la de los países intertropicales como copia la de las zonas heladas; cuyos mares, que la limitan casi completamente por todas partes, la ponen en comunicacion directa con todas las naciones, á cuyas flotas y á cuyas naves ofrecen sus seguros puertos el anhelado refugio; cuyos paisajes, ora interrumpidos por cadenas de montañas que ostentan nevadas cimas, ora dilatados en extensas llanuras, ya exornados con verdes praderas, ya con campos de esmerado y precioso cultivo; cuyas brisas son perfumadas; cuyas aves tienen acentos inimitables; cuyo suelo á todos excede en fecundidad; por lo que hace á nuestra pátria, dice *Castelar*,

no puede darse más belleza, no puede concebirse más poesía. En un país en donde el hogar es santuario y asilo, en donde la familia es amor y autoridad, en donde las mujeres son más dignas de amor y veneración por sus virtudes de todo género que por su hermosura sin rival, no puede menos de existir un ideal superior al de otros países, una fe más viva y más ardiente, un arte más inspirado, una poesía más sublime. Para los españoles no debe existir otra nación mejor que España, esto es una convicción, un sentimiento de adhesión á lo que es nuestro, á lo que pertenecemos, á lo con que está identificada nuestra existencia. Nada comparable á lo que es propio; las más sublimes armonías extranjeras no suenan á nuestros oídos tan dulce y agradablemente como los aires populares de nuestras provincias y ningun instrumento, tendrá para nosotros el valor, la significación y el encanto de la gaita gallega, del tamboril euskaro y de la guitarra eminentemente española. Nuestro arte arquitectónico mezcla en amigable armonía, todos los gustos, todos los órdenes, todos los estilos; al lado de la ruina clásica se contempla el ajimez asiático; junto á la ojiva feudal el arco de herradura árabe; enfrente de la torre granadi-

na las agujas góticas; el Oriente y el Occidente, lo tosco y rudo y lo delicado y exquisito, lo antiguo y lo moderno, el recuerdo y la aspiración, el pasado y el porvenir, pregonando toda nuestra independencia. Con nuestros pintores Juan de Juanes, Velazquez Murillo, Sanchez Coello renace nuevamente el arte, cuyas tablas parecen copiadas del mismo cielo, cuyos retratos nos han conservado los semblantes de aquellas damas y aquellos caballeros en cuyos ojos se leían sus pasiones, sus deseos, sus triunfos palaciegos, y en cuyos labios se adivinaban las frases de amor, las palabras discretas, los versos de Lope de Vega ó la prosa de Cervantes y Quevedo; cuyos cuadros trasladaron al lienzo toda una época, toda una corte, todo un pueblo, y, ¡lo que es más sublime! hicieron descender de la diestra del Padre al Hijo de Dios y á su Divina Madre y á los coros de ángeles y arcángeles, que no otra cosa puede creerse al contemplar aquellas formas etéreas, llenas de luz y de armonía, de castidad y de belleza, donde no hay ni sombra de materialidad, ni asomo de pecado.

Lo mismo ha tenido lugar con la legislación y con las ciencias prácticas. Sobre las ruinas del Derecho Romano se alza un Código inmor-

tal, el Fuero-Juzgo; y en la edad media Alfonso X escribe las Siete Partidas; nuestras provincias meridionales, descendientes de los árabes, enseñaron á Europa la mecánica y la hidráulica, la numeracion aritmética, superior á la de los latinos, y el álgebra matemática que simplificó todos los cálculos, la industria manufacturera, la topografía y la estadística, perfeccionaron la astronomía adelantándose algunos siglos en su estudio, multiplicaron las clasificaciones científicas tan útiles para las ciencias, y buscando la piedra filosofal, dieron con la química y la medicina. Y no fué esto sólo; en aquella privilegiada region nació la cirujía, se vieron por primera vez los globos terrestres, las esferas armilares, los astrolabios, se añadió al reloj el péndulo que regula su movimiento, se establecieron los observatorios astronómicos y se rindió culto á toda ciencia, engendrándose también los orígenes de toda filosofía que llevaron á los más apartados países. De todos ellos acudieron á nuestra España á beber en tan claras fuentes los conocimientos humanos de toda especie; nuestras tablas alfonsinas dieron la norma á los astrónomos de todo el mundo, sus cálculos sirvieron de base á los de aquellos, y antes que otro alguno se fijaron por fi-

lósofos y sábios españoles, la distincion entre la autoridad de las escuelas y la libre razon, las bases de la certidumbre psicológica, las leyes de la circulacion de la sangre y la situacion de los continentes desconocidos, de los que surgieron nuevos pueblos y nuevas civilizaciones. Estos títulos de gloria para nuestra nacion se aumentarán con otros nuevos más brillantes y reales, cuando el espíritu moderno, que es el sólo estímulo de las nacionalidades, sea su norma y fundamento. El carácter español es más batallador que laborioso, más visionario que ahorrador, díscolo, aventurero, creyente, imprevisor, entusiasta, poco pensador pero en compensacion de estas cualidades, negativas en este siglo de positivismo, tiene otras que le sirven maravillosamente á los fines de su progreso y perfeccionamiento. Es vehemente y constante, apasionado y enérgico, íntegro y honrado, digno y altivo, amigo de la igualdad y aficionado á la cortesía, independiente y patriota, inteligente y fantasioso, intuitivo y reflexivo, fuerte, desinteresado y capaz de la mayor abnegacion, condiciones que comunicadas á las naciones todas, bastarán para avivar en ellas el calor de los sentimientos apagados y encender la antorcha que

ilumine y despierte las ideas dormidas.

El rasgo más distintivo del carácter español es su amor á la independendencia. La pureza de su cielo y la fecundidad de su suelo despertaron en diferentes épocas la codicia de los pueblos conquistadores que soñaron con su dominacion, pero los españoles si han podido ser vencidos nunca llegaron á ser dominados; han resistido siglos enteros y al fin sólo han dejado en manos de sus vencedores ruinas y cenizas, prefiriendo la miseria ó la muerte, á la sumision al yugo extraño. No hay region, no hay ciudad, no hay villa, no hay aldea que no tenga su tradicion, su leyenda, su epopeya, que canten y pregonen un hecho glorioso, un acto heróico ó una gran desventura. Apesar de haber sido de los últimos en reconocer y confesar la bondad y excelencia de las fórmulas del progreso moderno, en todas partes ha resonado nuestro nombre unido á nuestra grandeza. En todas existe el recuerdo de los españoles, ya por haber sido los primeros en importar la civilizacion europea á unos paises, ya por ser otros trasuntos del nuestro del que descenden ó tienen familias ó tribus enteras, ya por la gratitud de un beneficio cuya memoria se ha trasmitido de generacion en generacion, ya

por haber sido nuestros, ó todos unos, en épocas más felices, ya por la comunión de sentimientos que estrecha y afirma la identidad de origen, de aspiraciones, de glorias ó de infortunios; ya por la memoria del honor vengado, del ultraje castigado, ya por la fama de nuestro valor proverbial en todo el mundo, del heroísmo nuestras ciudades cuyos nombres invocan los de guerreros de otras naciones y de las hazañas de sus hijos, que sirven de ejemplos en sus historias.

Pero la creación más grande del génio español, la creación por excelencia es su lengua. Derivada de distintos orígenes, de cada uno de los cuales ha conservado algo en su carácter; tan expresiva, tan dulce, tan insinuante, tan melodiosa, tan flexible, tan dócil, tan digna, tan magestuosa, tan sencilla, tan graciosa, tan sonora, tan acomodaticia, tan completa, tan abundante, tan española, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el de velar por su pureza y esplendor. El anhelo de innovar pertenece á la generalidad, las instituciones creadas para velar por la conservación de lo conquistado tienen derecho de dar su *exequatur* á las innovaciones racionales y convenientes y el deber de rechazar las inútiles y perjudiciales;

de todos modos España, que desgraciadamente ve á sus hijos divididos por las luchas políticas y científicas, véalos unidos, al ménos por su identidad de expresion; véalos unidos por su lengua.

He concluido de pintar el maravilloso discurso de *Emilio Castelar*; dichoso yo si he podido hacer concebir al lector una ligerísima idea de lo que es y he acertado á expresar la admiracion que tributo á la idea moderna, al siglo XIX, despertando la atencion y el interés hácia una obra que justamente ha de ser considerada como una joya literaria de inestimable precio, un poema de sobre natural inspiracion, un monumento, que respetarán los siglos y contemplarán las generaciones, alzado á la gloria de su autor, al artista de la palabra, trovador del arte, apóstol de la ciencia, maestro de filosofía, é hijo amado del progreso moderno: *Emilio Castelar*.

III.

LA RECEPCION EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Al tratar de un monumento literario de tan insigne valor todo detalle me parece interesante, y, aun á costa de parecer larguísimo, quiero describir la sensacion que produjo en Madrid, esta recepcion, y en el público de la Academia Española, la lectura de tal discurso, el dia 25 de Abril del año de gracia de 1880. La Academia no registra en sus anales una solemnidad más grande, de más alta significacion, que revista con más justos motivos los caractéres de un acontecimiento notable que la recepcion del elocuente tribuno, del historiador-poeta, del eminente hombre de Estado *Don Emilio Castelar*. — Ningun otro ha tenido el singular é inapreciable privilegio de mantener tanto tiempo viva y anhelante la espectacion pública, de responder á las manifestaciones abiertamente repetidas del voto popular y del de los próceres de la lengua pátria, y de haber obtenido la sancion universal de cuantos viven y se agitan en la esfera del pensamiento y del arte, sea la que quiera la escuela políti-

ca en que militen y la doctrina filosófica á que estén afiliados.

En el salon de la Academia se había reunido todo lo más notable que Madrid tenia en artes y política. Esto es fácilmente explicable; se trataba de uno de los hombres más grandes que ha producido España en nuestro siglo; de uno de los más queridos de nuestro país, aunque injustamente juzgado muchas veces; de los de génio más colosal y de más revelantes virtudes cívicas, del *artista divino de la palabra humana*, como gráficamente ha sido apellidado, para comparar al cuál es forzoso retroceder algunos siglos y remontarse á los mejores tiempos de las grandes nacionalidades.

Desde mucho tiempo antes de comenzar el acto, el sitio destinado al público estaba completamente lleno por una escogida concurrencia, impaciente y ávida de escuchar al Demóstenes de la oratoria moderna. Ese murmullo sordo que precede á todas las grandes ceremonias se dejaba oír confusamente, llegando en algunos momentos á tomar las proporciones de un pequeño tumulto. Se esperaba y se comentaba; se aventuraban cálculos sobre la duración del discurso; se recordaban actos análogos anteriores; se hacían comparaciones más

ó ménos atrevidas; se cambiaban saludos, se cedían asientos, se hablaba y se reía, hasta que aparecieron algunos graves académicos, de rigurosa etiqueta ostentando al pecho la medalla distintiva. Poco despues, entre los señores D. Pedro Antonio de Alarcon y D. Gaspar Nuñez de Arce, adelantaba el candidato *Emilio Castelar*; la campanilla imponía silencio al auditorio, y, un movimiento general de cabezas y cuerpos, para tomar mejor actitud, indicaba que toda la atencion estaba entónces concentrada en un punto.

Emilio Castelar recibió el discurso de un modo febril y vacilante, se dirigió al puesto que le estaba señalado y con voz clara y vibrante, que, sin embargo, hacia trémula la emocion, pronunció el sacramental: *Señores académicos*.

En este momento el orador apareció transfigurado, radiante; la llama de la inspiracion brillaba en su frente; de sus ojos se escapaba una corriente de fluido magnético que subyugaba á los circunstantes; su boca parecía dispuesta á desatarse en arrebatadoras frases, que vertiese la poesía á raudales, sus manos sujetaban convulsivamente el papel, paseaba su mirada de águila por la sala se atusaba ma-

quinalmente el bigote, restregaba con su mano diminuta los relampagueantes ojos y....

—¡Va á leer!—exclamaban los que no estaban versados en las prácticas académicas.

—¡Va á leer! repetíamos nosotros, sintiendo que así fuese, porque no podíamos concebir á *Castelar* de otra manera que hablando, haciendo oír su elocuentísima voz, á la que sabe dar siempre la inflexion más propia y adecuada al pensamiento que expresa, el tono más en armonía con el sentimiento que interpreta ó invoca, la modulacion más en consonancia con la idea que desenvuelve ó formula, todo, en fin, lo que contribuye á darle ese poder y dominio que tiene sobre los que le escuchan, y que le hace irresistible. Es preciso conformarse; los estatutos de la academia determinan que el discurso de recepcion de un académico sea leído, y no sehadado todavía el caso de que esta costumbre se haya alterado, por nada ni por nadie. Y *Castelar* no es leyendo ni la sombra de lo que es hablando. Sujetar su mirada á seguir con regularidad matemática los renglones de una página, privándole de electrizar con ella al auditorio; esclavizar para sostener el papel, sus brazos y sus manos, con cuyos enérgicos ó blandos movimientos tanta fuerza

de expresion sabe dar á lo que dice; prohibir que su frente se levante erguida, como rodeada de una aureola brillante, y hacer que se incline como abatida por una inmensa pesadumbre, es lo mismo que cortar las alas al águila, es querer que el ruiseñor lance sus trinos, á un compás determinado, es quitar al arroyo su murmurio bullicioso, al aura primaveral sus balsámicos olores, al cielo su purísimo azul, á la mujer el encanto, al hombre la fortaleza, á *Castelar* todo.

Era, efectivamente, de lamentar que no se hubiese podido oír á *Castelar*, tal como él es. *Castelar*, escribiendo su discurso para ser leído, tuvo que circunscribirse á límites muy estrechos; se vió obligado á tasar el tiempo y la extension de su obra más acariciada; no pudo ménos de refrenar los ímpetus de su privilegiada fantasía, y acomodar las galas de su dicción á fórmulas prescritas por la costumbre, y, con todo esto, su obra no resultó ménos grande, ménos asombrosa, como que no acertamos á calificarla y creemos que ha de ser difícil hacerlo á los que á su crítica se atrevan, aunque empleen las exageraciones más rebuscadamente poéticas, las frases más elevadas y los conceptos más sublimes, que quedarán por bajo

de lo que la obra se merece, ya que sin faltar á lo que al hombre debe concedérsele, no se le puede llamar divina.

Un hombre, cuya memoria es tan asombrosa que conserva y reproduce los nombres y las fechas, las personas y los lugares, las grandes síntesis de los acontecimientos y sus detalles más minuciosos; que nos habla de sucesos á los que no ha podido asistir, en razon del tiempo y la distancia, como si realmente hubiera asistido á ellos; que nos pinta y describe la situacion de un imperio, las causas que produjeron su engrandecimiento ó su ruina, su formacion ó su desmembramiento, como si él hubiera tenido la clave de semejantes hechos y hubiera contribuido á provocarlos, á precipitarlos, ó á retardarlos; que refiere los incidentes y las peripecias de una batalla, con todos sus episodios; los trámites y etapas de una intriga cortesana, de una conspiracion diplomática, como si se hubiera hallado presente; el hombre para el que todo es familiar, desde las más elevadas abstracciones metafísicas á las más groseras evoluciones de la materia; poeta y filósofo, historiador y teólogo, político y artista *Emilio Castelar*, bien merecia que por él se quebran-

tase una vez la austeridad de la regla á que se ajustan estas solemnidades académicas.

Pero si nada ha ganado con verse desnudo de su más preciosa y estimable prerogativa, de su inimitable elocuencia; nada ha perdido, antes al contrario, parece que la meditacion y la calma, con que ha debido madurar su concepcion, han dejado en ella impresas su alma ardiente y apasionada, su imaginacion que gira y se revuelve, en presencia y al contacto de todo lo grande, su génio creador, su talento sin rival, su rica y exhuberante fantasía.

Empezó el discurso. A las primeras palabras que el lector dijo con voz que la emocion del momento hacia insegura, la ansiedad se manifestaba en todos los semblantes; se temia y se esperaba; se temia que *Castelar* no fuese el mismo de siempre; que sometido á las exigencias del ritual académico, apareciese más pequeño ó no apareciese tan grande como en otras ocasiones, en que se ha manifestado en todo el esplendor de su génio; se esperaba algo extraordinario, que no se sabia lo que seria, pero que se presentia, que se adivinaba, que se saboreaba de antemano, con esa fruicion que produce la probabilidad de un deleite próximo, cuya intensidad es ya conocida.

Después de una introducción llena de dignidad y de modestia, severa, naturalmente sencilla y desnuda de toda afectación, en la que el lector se muestra agradecido á la honra que se le concede y declara no ser acreedor á ella, ya dueño de sí mismo, con voz segura y vibrante enuncia el tema de su discurso.

Aquellos párrafos ardentísimos, en los que con tanta elocuencia se desenvolvía un pensamiento, revistiéndolo de todos los elementos más gráficos para darles cuerpo, forma, vida y movimiento; aquellas frases, en las que condensaba todo un mundo de ideas, de reflexiones, de recuerdos, de promesas; aquellas palabras, dichas con acento inimitable, cada una de las cuales pintaba, en un sólo rasgo, un carácter, una pasión, un personaje, una época, un pueblo, todo esto asombraba y cautivaba; todos los cuellos estaban erguidos y violentamente inclinados hácia el lector; todas las bocas entreabiertas por la admiración contenida, que inconscientemente, y á pesar de todos los esfuerzos en contrario, se manifestaba de este modo; todos los ojos húmedos por la insistencia con que se fijaban; todas las manos crispadas por la excitación nerviosa que producía el entusiasmo; nadie se movía, nadie

se atrevía á comunicar sus impresiones al que tenía más próximo, por temor de no verse solicitado por otras, más nuevas, más vivas, más fuertes; en medio del silencio más solemne, que sólo alteraba en leves intervalos, el rumor que ocasionaba la respiracion de todos los que escuchaban, la voz de *Castelar* resonaba magestuosa en aquel recinto, vibrando ya dulce y poética como los acordes de una lira, ya severa y magistral como un salmo religioso; ora triste y melancólico, como el susurro del viento helado, al chocar con las hojas secas de los álamos, en el crepúsculo de una tarde de otoño; ora tonante y tumultuosa, como el bramador torrente que se despeña, entre riscos, arrollando todo lo que encuentra á su paso, ó como voraz incendio que lleva la destruccion y la ruina al bosque secular, en cuyos añosos troncos ceba su indómita fúria, retorciéndose en mil caprichosos giros y levantando hasta el cielo su llama poderosa. A una incomparable descripcion de una época, de una institucion, ó de un pueblo hecha con mágicos colores, magistralmente retocada con consideraciones tan congruentes como oportunas y en la que las personas y las cosas parecen moverse y destacarse, sobre un fondo

verdaderamente bello, ó bellamente verdadero, en la que las costumbres y las instituciones se presentan en gráficos relieves, obrando y funcionando como en los tiempos en que existían, sucede una brillante paráfrasis de la ciencia, del arte, de la filosofía, del génio, de la religion, de la naturaleza, en la que se desentraña lo más íntimo de cada una de estas manifestaciones de la razon, del sentimiento, de la condicion, del fin y del destino del ser humano; despues de amenísima escursión á los tiempos antiguos, para buscar y demostrar en ellos los elementos constitutivos de cada sociedad, á los que han sustituido los actuales, venía un concienzudo exámen analítico del génio de nuestro siglo, en el que hacía ver que entre lo ideal y lo real existe más íntima relacion que la que resulta de su originalidad, ó emanación más directa é inmediata, y la que acusa la uniformidad de miras, de aspiraciones, de medios y de fines y que entre el arte y la naturaleza, hay más diferencia que la que hace de esta una imitación servil de aquella.

Imágenes grandiosas á la vez que tangibles y llenas de vigor y energía; metáforas delicadas, ingeniosas, gráficas, respirando erudición y poesía; bellas y elegantes trasposiciones, que

hacen de su estilo una série no interrumpida de armoniosas cláusulas; todas las formas, todas las figuras, todos los recursos retóricos y lógicos, todos los tonos desde el patético hasta el apasionado y violento, son las cualidades que avaloran y afulgran esta obra incalificable é indefinible.

Si la forma es de lo más esquisito y primoroso, por el amor con que ha sido modelada y su exuberante variedad, el fondo es de lo más filosófico y profundo que puede imaginarse; si aquella seduce y atrae por su magnificencia y esplendor, este asombra y confunde por su fuerza de convicción, por su sustancialidad, por su inmenso valor; de la union de los dos resulta un todo lleno de armonía, de cadencia, de magestad, de encanto, de sabiduría.

En la eleccion del tema, *Castelar* ha sido afortunado, demostrando gran tino y discrecion y siendo consecuente, consigo mismo, con sus aficiones, con su historia, con su fama y con el espíritu del siglo. El defensor de todas las grandes ideas de su época, no podia en la más grande ocasion de su vida faltar á esta prescripcion de su conciencia; el paladin de todos los sentimientos nobles y elevados no podia menos de quemar el incienso de su adoracion

en loor de tan sublimes ideales, y la Academia no recordará haber escuchado en su recinto un himno tan incomparable, entonado á la naturaleza y al universo, á Dios y al hombre, á lo finito y á lo eternal é inmutable.

Otro génio del arte de la elocuencia, cuyo nombre de fama inextinguible está en el pensamiento y en el corazon de todos los que aman y sienten lo bello, Donoso Cortés de inmortal memoria, se aproximó en la eleccion del asunto para su discurso al de *Castelar*; trató de los elementos poéticos, pero no vió ó no quiso ver estos, sino en la Biblia, negando, aunque no absolutamente, que los hubiese, en las múltiples trasformaciones de la materia, en las variadas escenas de la naturaleza. Su obra, modelo de diction, no era igual en todas sus partes; algo se sacrificaba en ella á la escuela, algo padecia la forma cuando la aridez de la materia estaba en pugna con todo género de embellecimiento, ya tocaba los límites de la sublimidad elegiaca, cerniéndose en las regiones apocalípticas, ya caia en los dominios de lo vulgar; el poeta y el moralista estaban en contradiccion y el conjunto no era ni con mucho homogéneo, de una igualdad indiscutible.

Castelar en su obra, estaba siempre lo mis-

mo; remontaba el vuelo y ya no descendía; su mirada atrevida desafiaba al sol y distinguía entre la yerba del globo terrestre el insignificante gusanillo que lánguida y perezosamente se arrastra por el suelo, bien ageno de que su existencia es conocida y vá á ser revelada, de que sus instintos, su origen y el medio en que se agita van á ser objeto de estudios, de análisis, de observacion y de experimento. Ya se proponga desplegar á los ojos de los que le escuchan el panorama espléndido de una naturaleza virgen, ya sea su ánimo escudriñar los profundos misterios de la ciencia psicológica; igual cuando diserta sobre lo más positivo de la vida, que cuando invade las regiones del más puro sentimiento *Castelar* es siempre el mismo, su elocuencia jamás se agota y sale de sus labios siempre fluida, siempre melodiosa, siempre llena de magestad, siempre brillante... siempre suya. Lo que dice domina al entendimiento, lo seduce, produciendo en él el convencimiento. Su manera de expresar arrastra el ánimo, mueve la voluntad, la acaricia, la sujeta llevando á ella la persuasion. Nadie como él ha pintado á Homero, á Cervantes, á Chateaubriand, á Goethe; á Quintana, á Víctor Hugo, á Zorrilla, á Campoamor; nadie como

él ha descrito Peshtmoun, la Alhambra, la Catedral de Toledo, las orillas del Mediterráneo (*donde tiene su más perfecta manifestacion toda belleza*); nadie como él ha sabido presentar en toda su magnífica grandeza las glorias de España, su pátria, ni en toda su repugnante desnudez las llagas sociales que la afligen; nadie como él ha sabido hablar al sentimiento y á la razon, personificar ambos objetos, reducir á fórmulas abstracciones que hasta ahora se habian resistido á ser expresadas de un modo claro, terminante, satisfactorio; poetizar la ciencia y hacer accesible la poesía al entendimiento más vulgar, producir una tempestad con una frase, una revolucion con un período, en el sentido en que esto puede aquí tomarse, nadie, en fin, como él ha sabido dominar todos los géneros y sobresalir en todos, en la tribuna, en el parlamento, en la academia, en la prensa, en el ateneo; habiendo demostrado ser apto, competente y diestro para todo, no necesitando mas que haber dado á su actividad y á su génio una direccion determinada para haber sido con su nunca igualada palabra poeta como Virgilio, pensador como Hegel, escritor como Cervantes, orador como Demóstenes, dramático como Shakespeare, dibu-

jante como Rafael, músico como Bellini, profeta como Savonarola, porque *Castelar* es síntesis perfecta del arte unido á la sabiduría.

En su discurso todas las manifestaciones de la actividad y del ingenio humanos hallan cumplida representación, las ciencias y las artes, la filosofía y la política, la religión y la poesía, y la historia como complemento de todas, como sirviéndolas de marco, en el que aparecen más claras, más definidas, más palpables; y luego la parte anecdótica tan amena y tan sabrosa, tan oportuna y tan discreta; y después la interpretación de los grandes ideales humanos, perseguidos por tantos hombres ilustres, cuyo retrato hace á veces de una sola pincelada, con sólo un rasgo, complaciéndose otras en rodearlos de una aureola poética, en reseñar los principales episodios de su vida agitada y azarosa, con sus sencillos gustos, sus extravagancias, sus manías, sus pasiones, sus desventuras, sus luchas y sus victorias, dejando caer de paso una mirada rápida sobre su época, el espíritu de su edad, la fisonomía de su pueblo y las tendencias de cada clase.

Cuando compara algun objeto con otro, cuando hace un paralelo entre dos individuos,

entre dos naciones, entre dos épocas de una misma ó de distinta, sabe presentar las analogías, las semejanzas, los rasgos característicos que los asemejan ó distinguen de modo tan palpable que el ménos dispuesto á confesarlos consiente en afirmar lo que acaso de otro modo negaria sin discusion. La alegoría en su boca es un recurso poderosísimo; á su voluntad los objetos inmateriales se animan y adquieren razon y sensibilidad, los personajes toman proporciones gigantescas y se presentan como debieron ser, á modo de diorama van apareciendo y sucediéndose con gran riqueza de detalles y pormenores, que les hacen parecer como figuras que *Castelar* maneja como pudiera hacerlo con las de un teatro mecánico el más habil, y aun con más propiedad y exactitud. Nada hay ocioso en su obra; lo que no dice á la forma, responde al fondo; aquella es oro, perlas y tisú, este es diamante puro que á todos gana en dureza y que nada es capaz de resistir. Su valor lo han apreciado ya cuantos lo escucharon, lo dirán todos los que lo lean y más alto que todo la circunstancia de que antes de leído habia sido solicitado para ser traducido á todos los paises más civilizados.



El acto concluyó á las tres. Las felicitaciones y las enhorabuenas abrumaban con honrosísima satisfaccion al señor *Castelar*. Cánovas saludaba en él al maestro más glorioso de elocuencia española. El Conde de Cheste decía abrazándole en nombre de la Academia, *de esta corporacion está alejada la política, aquí sólo imperan las nueve musas; al recibiros en su seno la Academia, premia al gran maestro de la lengua, al carácter íntegro, á la bondad ingénita y al patriotismo acrisolado.* Privilegio singular el privilegio del génio que con su elocuencia había puesto en conmocion Madrid entero y de cuyo discurso se ocupaba en aquellos momentos todo el mundo. España podía estar orgullosa de su hijo. Tal entusiasmo despertó aquel dia *Castelar*, de tal modo desapareció la pasion política en aquella ocasion, que para celebrar la esplendente gloria nacional que todos los pueblos nos envidiaban, se trataba aquella noche de hacer una gran manifestacion en loor del que constituía el más hermoso florón de la corona intelectual de nuestra pobre España. Contribuya el Ateneo de Vitoria á tan nobles propósitos con esta solemne inauguracion, probando, como probaba *Emilio Castelar*, en uno de los más grandilocuentes párrafos de

su discurso, que para todo cuanto concierne á la exaltacion de nuestra pátria no tenemos los españoles, mas que abnegacion para sufrir, valor para luchar y corazon para sentir.

HE DICHO.









